

¿Qué es el Neoliberalismo?

Introducción

El término “neoliberalismo” es confuso y de origen reciente. Prácticamente desconocido en Estados Unidos, tiene alguna utilización en Europa, especialmente en los países del Este. Está ampliamente difundido en América Latina, África y Asia. Sin embargo, esta difusión tiene poco que ver con su origen histórico. Forma parte del debate público que se produce en tales regiones, en el que la retórica —que es una ciencia autónoma— tiene un rol protagónico para darle o quitarle el sentido a las palabras.

Allí donde tiene difusión, el “neoliberalismo” es utilizado para asimilar con el liberalismo, a veces despectivamente, a veces con cierta pretensión científica, políticas, ideas o gobiernos que, en realidad, no tienen nada que ver con él. Esta práctica ha llevado a muchos a considerar que se encontraban frente a un mito contemporáneo: el “neoliberalismo” sólo existía en la imaginación de quienes usaban el término.

Enrique Gherzi es abogado, profesor de la Universidad de Lima, miembro de la Mont Pelerin Society, coautor de *El Otro Sendero* y académico asociado del Cato Institute. La presente es una ponencia presentada en la conferencia regional de la Mont Pelerin Society, celebrada del 18 al 21 de septiembre del 2003, en Chattanooga, Tennessee.

Este rechazo se ve incrementado, además, porque actualmente resulta muy difícil encontrar un liberal que se proclame a sí mismo como perteneciente a aquella subespecie, calificándose como “neoliberal”. Por el contrario, quienes lo usan son generalmente sus detractores.

Con base en tales consideraciones, generalmente asumidas por los liberales, inicié este trabajo, pero muy pronto advertí algunos problemas bastante significativos con ellas. En primer lugar, que el “neoliberalismo” técnicamente no es un mito, sino una figura retórica, por la cual se busca pervertir el sentido original del concepto y asimilar con nuestras ideas otras ajenas, con el propósito de desacreditarlas en el mercado político. En segundo, que el “neoliberalismo” podría haber sido acuñado como término en agosto de 1938 por un muy destacado grupo de intelectuales liberales en París, entre los cuales se encuentran varios de nuestros héroes.

Por ello, en esta presentación voy a explorar, primero, los posibles orígenes de la palabra, para luego abordar sus diferentes significados en el interior del liberalismo, y concluir después con una contribución para esclarecer los mecanismos probables por los que se ha producido la corrupción de tal término. Debo indicar de antemano mi sorpresa al comprobar la facilidad con que los liberales entregamos los debates terminológicos en manos de

nuestros rivales, pues no sólo hemos perdido la palabra “neoliberal”, materia de la presente exposición, sino también la palabra “social” y hasta el propio término “liberalismo”.

El término

Rastrear los orígenes del término “neoliberalismo” no es una tarea que pueda considerarse concluida. De hecho, existe bastante confusión al respecto y resulta un tema de la mayor importancia para una investigación futura de largo aliento. Por ello, lo que a continuación se presenta no es más que una breve invitación a que esta investigación se produzca.

Como suele suceder con las palabras que han hecho fortuna, es probable que “neoliberalismo” sea un término con varios orígenes distintos.

Un primer origen parece encontrarse en algunos escritos de von Mises; un segundo es el que le atribuye la autoría del término a la creación colectiva de un coloquio convocado por Walter Lippman; un tercero es el que lo vincula con la llamada economía social de mercado; y un cuarto, con la escuela liberal italiana de entreguerras. Examinemos brevemente cada uno de ellos.

Von Mises

Aunque no hace uso explícito del término, von Mises sí lo evoca en distintas oportunidades, pero asistemáticamente, como veremos. En efecto, von Mises habla de *älteren Liberalismus* y de *neuen Liberalismus*, no de “neoliberalismo”. Sin embargo, puede llevar a confusión si revisamos la edición inglesa de *Liberalism*, pues encontraremos ahí la cita

siguiente:

*Nowhere is the difference between the reasoning of the older liberalism and that of neoliberalism clearer and easier to demonstrate than in their treatment of the problems of equality.*¹

Hasta ahí se podría llegar a la conclusión de que von Mises introdujo el término, pues *Liberalismus* es un libro de 1927. No obstante, si revisamos la edición alemana original veremos que el término “neoliberalismo” no aparece. En efecto, la cita original es:

*Nirgends ist unterschied, der in der argumentation zwischen dem älteren Liberalismus und dem neuen Liberalismus besteht, klarer und leichter aufzuweisen als beim problem der gleichheit.*²

Por cierto que con esto no estamos sugiriendo que haya sido el traductor del texto al inglés, nuestro querido Ralph Raico, quien haya inventado el término, pues en 1962, fecha en que la traducción se produce, ya venía siendo usado en algunos círculos académicos, al punto de que, como veremos luego, ya había sido objeto hasta de un coloquio específico para discutir su adopción.

No sólo en *Liberalismus*, que es de 1927, puede rastrearse el origen del término. También en otro libro anterior de von Mises existe una referencia aún más remota. En efecto, en *Socialismo*, que es de 1922, habla también acerca de la diferencia entre el viejo liberalismo (*älteren Liberalismus*) y el nuevo liberalismo (*neuen Liberalismus*), pero tampoco usa

¹Ludwig von Mises, *Liberalism* (Sheed Andrews & McMee, Kansas City, 1978), p. 27.

²Ludwig von Mises, *Liberalismus* (Academia Verlag, Sankt Augustin, 1993), p. 24.

expresamente la palabra “neoliberalismo” para describir a este último.

Así, von Mises sostiene que “... today the old liberal principles have to be submitted to a thorough reexamination. Science has been completely transformed in the last hundred years, and today the general sociological and economic foundations of the liberal doctrine have to be re-laid. On many questions liberalism did not think logically to the conclusion. There are loose threads to be gathered up. But the mode of political activity of liberalism cannot alter.”³

Posteriormente, en el prefacio a la segunda edición alemana de ese mismo libro, el autor dijo:

*The older liberalism, based on the classical political economy, maintained that the material position of the whole of the wage-earning classes could only be permanently raised by an increase of capital, and this none but capitalistic society based on private ownership of the means of production can guarantee to find. Modern subjective economics has strengthened and confirmed the basis of the view by its theory of wages. Here modern liberalism agrees entirely with the older school.*⁴

Más allá de las confusiones que podrían haberse creado en las traducciones, en mi concepto está claro que, aunque Mises no utilizó explícitamente el término, sí habló con frecuencia de un liberalismo viejo y de un liberalismo nuevo. Empero, incluso en ello fue bastante inexacto.

En la cita de *Liberalismo* resulta del

³Ludwig von Mises, *Socialism* (Liberty Classics, Indianapolis, 1981), p. 418.

⁴*ibid.*, p. 9.

contexto que por *neuen Liberalismus* se refiere a los socialistas que se hacen pasar por liberales, mientras que por *älteren Liberalismus* se refiere a los que llamaríamos liberales clásicos. Teniendo en cuenta que el libro es de 1927, este uso concuerda con lo que en textos posteriores Mises llamaría “pseudo-liberales”.

En cambio, en las citas de *Socialismo*, parece ser que el autor quiere distinguir entre el viejo y el nuevo liberalismo en función de la teoría subjetiva del valor. En tal sentido, el liberalismo se dividiría en viejo (*älteren*), antes del valor subjetivo, y nuevo (*neuen*) después de él. Con esto, además, da la impresión de que von Mises quiere resaltar especialmente la contribución de Menger y Böhm-Bawerk, en lo que después vendría en llamarse Escuela Austriaca de Economía.

Entonces, si bien es posible rastrear el término “neoliberalismo” hasta von Mises, el sentido que estas alusiones precursoras tuvieron no fue siempre el mismo. En el *Liberalismo* se usó para designar a los socialistas encubiertos y a otros enemigos de la libertad; en el *Socialismo*, para designar al liberalismo después de la teoría subjetiva del valor.

El coloquio de Walter Lippman

Cuenta Louis Baudin que en agosto de 1938 se reunieron en París un grupo de destacados pensadores liberales, a iniciativa de Walter Lippman. Eran tiempos con aguas procelosas, en que Europa se encontraba *ad portas* de la Segunda Guerra Mundial y se vivía una situación de grave amenaza y efectiva conculcación de la libertad en buena parte del Viejo Continente.

Era propósito del coloquio analizar el

estado de la defensa de la libertad y las tácticas y estrategias que deberían utilizarse en tiempos tan difíciles. Refiere el propio Baudin que la discusión fue muy amarga, habiéndose escuchado voces de rechazo al término liberalismo por un supuesto descrédito frente a la opinión pública predominante, así como la necesidad de enfatizar que los defensores de la libertad de entonces no avalaban lo que se consideraban los errores fatales del viejo orden europeo.

Afirma Baudin que en esa discusión se acuñó, primero, y se propuso utilizar a partir de entonces, después, el término “neoliberal” para significar precisamente nuestra corriente de pensamiento.⁵

Según el propio Baudin, el “neoliberalismo” se estableció como la palabra *cliché* que habría de describirse en función a cuatro principios fundamentales. A saber, el mecanismo de precios libres, el Estado de Derecho como tarea principal del gobierno, el reconocimiento de que a ese objetivo el gobierno puede sumar otros, y la condición de que cualquiera de estas nuevas tareas que el gobierno pueda sumar debe basarse en un proceso de decisión transparente y consensual.

Participaron en el seminario gente de la talla de Rueff, Hayek, von Mises, Rustow, Roepke, Detauoff, Condliffe, Polanyi, Lippman y el propio Baudin, entre otros. Como no se levantaron actas ni se hicieron publicaciones del coloquio, el único testimonio de primera fuente que ha quedado es el citado libro de Baudin, escrito hacia mediados de los cincuenta.

De ser exacta la versión del autor del *Imperio socialista de los incas* (y no hay

razón alguna para pensar que no lo es), ésta sería la aparición más remota acreditada del término “neoliberalismo”. Pero, además, quedaría claro que no es verdad un aserto comúnmente repetido por muchos en nuestros días, acerca de que ningún liberal que se precie de tal ha reconocido como suyo el término “neoliberal”. Por la versión de Baudin, sería difícil encontrar un grupo que pueda considerarse más liberal, por lo menos en su época, que el que fue convocado por el ilustre periodista norteamericano.

El coloquio de Lippman es, además, una curiosa paradoja en todo este asunto tan complejamente relacionado con giros de lenguaje y figuras retóricas. Que el término “neoliberal” pudiera ser una creación colectiva de un coloquio de intelectuales individualistas puede constituirse en una de las más notables curiosidades de la historia del pensamiento contemporáneo.

La economía social de mercado

Edgar Narwoth publicó en 1961 un libro que en su época tuvo una gran importancia en la defensa y difusión de las ideas de la libertad. Se llamó *Die Social- und Wirtschaftsphilosophie des Neoliberalismus*⁶.

En él presenta triunfalmente como el renacimiento del liberalismo la aparición de un conjunto de escuelas del pensamiento en Alemania. Así, considera como neoliberales a la Escuela de Friburgo (Eucken y Mueller-Armack, entre otros) y la de Munich (Erhard y Kruse, entre otros). Destaca también la contribución

⁵Louis Baudin, *L'Aube d'un Nouveau Liberalisme* (Genin, París, 1953).

⁶Edgar Nawroth, *Die Social-und Wirtschaftsphilosophie des Neoliberalismus* (Kerle, Heilderberg, 1961).

de Wilhem Roepke y Alexander Rustow, así como la influencia de la revista *Ordo*, que se publicaba con singular éxito por entonces.

Ello hizo que Schuller y Krusselberg, del Centro de Investigación para la Comparación de Sistemas de Dirección Económica, de la Philipps-Universität de Marburgo, definan el término “neoliberalismo” como

*un concepto global bajo el que se incluyen los programas de la renovación de la mentalidad liberal clásica, cuyas concepciones básicas del orden están marcadas por una inequívoca renuncia a las ideas genéricas del laissez faire y por un rechazo total por los sistemas totalitarios. Los esquemas neoliberales del orden económico y social son modelos de estructuración cuyo denominador común central es la exigencia de garantía (constitucional o legal) de la competencia frente a la prepotencia, aunque dan respuestas diferentes al problema de cómo debe resolverse la relación de tensión entre la libertad y la armonía social. Son importantes en este rubro, además de las ideas de la Escuela de Friburgo, las concepciones desarrolladas por Alfred Mueller-Armack (Economía Social de Mercado), Wilhelm Roepke y Alexander Rustow. Este tipo de neoliberalismo se distancia clara y expresamente de aquel paleoliberalismo que defendía dogmáticamente la convicción de la armonía inmanente de un sistema de mercado y hacía del laissez faire una obligación Se insiste en que el marco del mercado que abarca la auténtica zona de lo humano es infinitamente más importante que el mercado mismo, de ahí la necesidad de un tercer camino entre el paleoliberalismo y el camino del neoliberalismo.*⁷

En conclusión, para Schuller y Krusselberg, y con ellos buena parte de la opinión mayoritaria del mundo académico alemán contemporáneo, la economía social de mercado era el neoliberalismo. Esta idea, sin embargo, no parece coincidir con los creadores de la escuela, pues la evidencia documental demuestra exactamente lo contrario de lo que quiere presentarse comúnmente. Como veremos, para los fundadores de la economía social de mercado, el término neoliberalismo era aplicable exactamente a quienes *no* compartían los puntos de vista de su escuela.

Examinemos, por ejemplo, muy someramente el pensamiento de Mueller-Armack, quien tiene la mayor importancia en medio de los pensadores tan destacados que dieron origen a esta escuela. De antemano debemos señalar que de la revisión de su obra no podemos inferir que este autor haya acuñado el término “neoliberalismo.” A pesar de utilizar en varias oportunidades la palabra, no hay ningún rastro explícito referido a su creación ni a la semántica que le era atribuida por él.

Así, por ejemplo, cuando define economía social de mercado, señala textualmente:

El concepto de economía social de mercado se apoya en el convencimiento, ganado gracias a las investigaciones de las últimas décadas, de que no puede practicarse con éxito una política económica sin haber adoptado decididamente un principio coordinador. Los resultados poco satisfactorios obtenidos por los sistemas intervencionistas de carácter híbrido condujeron a la teoría de los sistemas económicos desarrollada por Walter Eucken, Franz Böhm, Friedrich Hayek, Wilhelm Roepke y Alexander Rustow, entre otros, la conclusión de que el

⁷ Alfred Schuller y Hans-Gunter Krusselberg, *Conceptos básicos sobre el orden económico* (Ediciones Folio, Barcelona, 1997), p. 97.

*principio de libre concurrencia como indispensable medio organizador de colectividades sólo se mostraba eficaz cuando se desenvolvía dentro de un orden claro y preciso, garantizando la competencia. En esta idea, reforzada aún más por las experiencias de economía bélica en la Segunda Guerra Mundial, se basa la ideología de la economía social de mercado. Los representantes de esta escuela comparten con los del neoliberalismo el convencimiento de que la antigua economía liberal había comprendido correctamente el significado temporal de la competencia, pero sin haber prestado la debida atención a los problemas sociales y sociológicos. Al contrario de lo que pretendía el antiguo liberalismo, la economía social de mercado no persigue el restablecimiento de un sistema de laissez faire; su meta es un sistema de nuevo cuño.*⁸

Como puede concluirse del párrafo citado, aunque Mueller-Armack usa el término “neoliberalismo”, no lo hace para calificar a la economía social de mercado como tal, sino, por el contrario, para distinguirla de otras corrientes liberales sin precisar exactamente cuáles. De ahí que sea difícil poder sostener que, al menos Mueller-Armack, padre de la economía social de mercado, hubiese considerado a ésta como una corriente “neoliberal”. Antes bien, creo que es claro que él consideraba como tales a los liberales contemporáneos a él, posteriores a la teoría subjetiva del valor.

Por cierto, no es este el lugar ni la oportunidad para abordar a cabalidad las múltiples contribuciones de estos destacados autores, ni tampoco para estudiar sus errores. Para nuestro propósito, sí es importante advertir que en esta escuela algunos han creído ver un segundo origen

del término liberalismo. De lo que no cabe duda es que —lo hayan inventado o no— lo usaron deliberadamente para distinguir una escuela liberal de otra. Sea por auténtica convicción, o por pura estrategia de mercadeo, contribuyeron así decididamente a introducir el término y a impulsar su primera difusión.

Esto da lugar a que ya en 1963 Trías Fargas, al escribir el prólogo para la edición española del citado libro de Mueller-Armack, sostenga que “La economía social de mercado quiere ser algo más amplio y práctico que la teoría neoliberal, con lo que por otra parte coincide en los puntos principales. Es más, la segunda suministra a la primera el espinazo teórico que le confiere carácter a la secuencia de ideas que, arrancando del paleoliberalismo, ha llegado al neoliberalismo para desembocar en la economía social de mercado como programa político.”⁹

Podría decirse, por tanto, que ya por entonces el término se había difundido en el sentido de identificar como tales las corrientes liberales posteriores a la llamada revolución marginalista. Adicionalmente debe decirse que la utilización del término no era peyorativa, como ha devenido en tiempos recientes, sino daba la impresión de usarse tanto para marcar una diferencia como para describir un parentesco entre familias pertenecientes finalmente a un mismo tronco común de pensamiento.

Escuela Italiana

Además de los textos precursores de Mises, de la paradójica creación colectiva de

⁸Alfred Mueller-Armack, *Economía Dirigida y Economía de Mercado* (Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1963), p. 226.

⁹Ramón Trías Fargas, “Prólogo a la primera edición española” de *Economía Dirigida y Economía de Mercado*, op. cit., pp. 29-30.

un grupo de individualistas reunidos por Lippman y de la metódica acción de la escuela de la economía social de mercado, existe un cuarto origen probable del término, que Kurt Leube cree encontrar en el movimiento intelectual ocurrido en el norte de Italia durante el período entre-guerras.

Señaladamente es el caso de Antoni y Einaudi, quienes, muy al estilo de los alemanes de su época, trataban de darle a las ideas liberales un impulso decidido en medio de la trágica experiencia autoritaria que les tocó vivir.

Al parecer, ellos usaron muy fluidamente el término desde finales de los años cuarenta en adelante. Lamentablemente, no hay mayores pruebas de ello, aparte del testimonio de algunos amigos que los oyeron. Sin embargo, mientras que entre los alemanes el término era utilizado un poco en el sentido de Mueller-Armack, como el liberalismo post-subjetivismo, entre los italianos el término podría haber sido utilizado para designarse a ellos mismos como los nuevos liberales.

Da la impresión de que en este caso la necesidad de desmarcarse del tradicional anticlericalismo del liberalismo clásico en el continente europeo hubiera sido un aliciente muy importante para la adopción del término. Esto podría haber sido igualmente importante para otros grupos de liberales católicos en otros lugares del mundo. De hecho, algunos españoles adoptaron el término rápidamente, como vimos en el caso de Trías Fargas.

Resulta difícil aventurarse, pero creo que es posible sostener que la rápida difusión del término en Latinoamérica podría provenir precisamente del hecho de que en nuestra historia las relaciones del

liberalismo en general con la Iglesia estuvieron marcadas siempre por el conflicto y la agresividad. Con algunas excepciones, los liberales del siglo XIX en nuestro continente estuvieron fuertemente influidos por el anticlericalismo continental europeo. Desde las guerras de independencia, en que la influencia de las logias masónicas fue esencial para el rompimiento de las elites con España, hasta el establecimiento de las repúblicas independientes, esta relación conflictiva estuvo presente siempre.

Los conceptos

Hasta aquí el “neoliberalismo” ha evocado cinco conceptos: a) el liberalismo después de la teoría subjetiva del valor, b) el pseudo-liberalismo o socialismo encubierto, c) una nueva escuela liberal, d) el liberalismo despojado de anticlericalismo, y e) una estrategia de mercadeo político. Examinemos sucintamente cada uno de ellos.

a) El “neoliberalismo” como liberalismo después de la teoría del valor

Hemos visto ya cómo von Mises utilizó el término en este sentido, aunque también en otro perfectamente antagónico. En este caso podría argumentarse sin mayores dificultades que el concepto así utilizado corresponde con un hecho real de la mayor importancia histórica y científica, pues el liberalismo experimenta a partir del subjetivismo una transformación bastante importante que cristaliza en la llamada revolución marginalista. En ese sentido, el “neoliberalismo” sería una etapa en el desarrollo del liberalismo como doctrina, carente de todo sentido peyorativo y, antes bien, tratando de destacar algunas contribuciones importantes en el mundo de las ideas.

Aunque, como todo neologismo, su uso es discrecional y hasta caprichoso, da la impresión de que éste es el sentido en que predominantemente se entiende el término en los círculos académicos y universitarios.

b) *El “neoliberalismo” como pseudo-liberalismo*

El propio von Mises introduce otra acepción del término, como hemos visto en la sección anterior. En este caso ya no se trata de una etapa en el desarrollo del concepto liberalismo, sino de una perversión del mismo.

Al menos desde 1922, von Mises pensaba que existía un liberalismo nuevo a partir de las contribuciones de sus maestros austriacos a la teoría económica, pero en 1927 ya parece totalmente preocupado porque el nuevo liberalismo fuese en realidad un Caballo de Troya socialista.

A partir de entonces, ésa parece haber sido la acepción predominante en el pensamiento misesiano, pues en *Economic Freedom in the Present-Day World* —un texto de 1957— dice:

*The German ordo-liberalism is different only in details from the sozialpolitik of the Schmoller and Wagner school. After the episodes of Weimar radicalism and Nazisocialism, it is a return in principle to the wohlfahrtstaat of Bismarck and Posadovsky.*¹⁰

Habida cuenta de las fechas transcurridas entre la utilización del concepto “neoliberal” para denotar 1) una suerte de

fase superior en el desarrollo del liberalismo y 2) la utilización ulterior del mismo para denunciar a los infiltrados en el liberalismo, la literatura misesiana parece haber sufrido una evolución significativa en el tiempo. No obstante ello, la no utilización explícita del término y sus referencias asistemáticas a los conceptos opuestos de viejo-nuevo no permitieron una influencia decidida en el tiempo de las ideas de Mises sobre el particular.

Queda, sin embargo, hacer una consideración adicional. Si Mises parece haber optado finalmente por denunciar las desviaciones conceptuales de los nuevos liberales, ¿cómo así ha sido posible que el término “neoliberal” haya terminado siendo utilizado para asimilar a los que no lo son con quienes lo son, y de esta forma incurrir en una desgraciada confusión? ¿De qué forma se produjo esta perversión del lenguaje?

Tales preguntas en realidad deberían llevarnos a una más general. Los liberales parecemos no tener suerte con nuestros términos. Con alguna frecuencia, respecto a los tiempos históricos, nos los roban. Ya pasó incluso con la palabra “liberalismo”, que en muchos lugares significa exactamente lo contrario de lo que es. ¿Cómo no habría de pasarnos lo mismo con el término “neoliberalismo”, mediante el cual se nos quiere desacreditar atribuyéndonos ideas que no profesamos, políticas que no recomendamos y gobiernos a los que no pertenecemos?

c) *El “neoliberalismo” como una nueva escuela liberal*

Aunque podría asimilarse perfectamente con la acepción que define al neoliberalismo como aquello posterior a la teoría subjetiva del valor, y aun con la idea de un liberalismo despojado de ten-

¹⁰Ludwig von Mises, “Economic Freedom in the Present-Day World,” en *Economic Freedom and Interventionism* (Foundation for Economic Education, Irvington-on-Hudson, 1990), p. 240.

dencias anticlericales que veremos a continuación, ésta es en mi opinión una aceptación autónoma.

La encuentro más bien ligada con la llamada economía social de mercado que, como vimos, habría contribuido a la formación del término y, a no dudarlo, tuvo gran responsabilidad por su amplia difusión.

Está claro que quienes se inscriben en esa tendencia quieren ser distinguidos de otras corrientes liberales. No vamos a disputar en esta oportunidad sobre si eran o no liberales ellos mismos. Al parecer, ellos creían que lo eran. Pueden existir diferentes razones para enfatizar esa distinción. Habrá quienes piensen en la necesidad de cambiar el término como una estrategia de mercadeo político, a efecto de tener una mejor inserción en una sociedad que, como la alemana de posguerra, carecía de una idea clara de lo que era el liberalismo y venía del fracaso consecutivo de Weimar y del Nazismo. Pero también habrá quienes sinceramente piensen que la economía social de mercado es una cosa completamente distinta del liberalismo clásico y que, por ende, la separación resulta imperativa.

De hecho, no sólo entre los partidarios de esta escuela cabía esta diferencia. En algún momento, el propio Mises trató también de enfatizarla, con el particular enojo que lo caracteriza y la facilidad por el escarnio que da brillo a su pluma.

La médula de la cuestión, sin embargo, está en que para quienes profesan la economía social de mercado los “neoliberales” son los otros, no ellos. Esa idea de exclusión les ha servido claramente para mantener la cohesión en torno a sus doctrinas y planes políticos. Si los “neoliberales” son los otros liberales, existe una gran comodidad semántica para organizar

un discurso político, porque con base en la sugerencia de exclusión (ellos-nosotros), puede también sugerirse implícitamente que nosotros somos los correctos y ellos no, o que nosotros somos los buenos y ellos no.

Entonces, mientras Mises entendió a los nuevos liberales como los posteriores al subjetivismo o como los pseudo-liberales, la economía social de mercado ha definido a los “neoliberales” como aquellos que les son distintos. No es una aceptación positiva, sino negativa, del término.

Puede haber, pues, en esta definición negativa una fuente para la utilización contemporánea de la palabra en sentido peyorativo.

d) *El “neoliberalismo” como liberalismo despojado de anticlericalismo*

Mientras el liberalismo anglosajón no tuvo mayor rivalidad con la religión (más bien, en algunos casos estuvo fuertemente ligado a ella), el liberalismo continental europeo fue generalmente un enemigo de la religión, especialmente en el caso de la Iglesia Católica.

En España, Francia, Italia y Alemania hablar de liberalismo durante el siglo XIX era evocar un materialismo racionalista totalmente incompatible con el catolicismo y claramente enfrentado con el poder temporal de la Iglesia.

Mutatis mutandis, tal conflicto se trasladó a América Latina, donde en el siglo XIX tenía predominantemente ese carácter anticlerical propio del liberalismo continental y no del anglosajón. La influencia de la Ilustración y de la Revolución Francesa hicieron que el desarrollo de las ideas liberales viera como perteneciente al viejo régimen todo vestigio de

religiosidad, enfrentándose consiguientemente los liberales con los creyentes. De alguna manera esto marcó el siglo XIX latinoamericano, pues no se exagera si se dice que esa centuria estuvo caracterizada por la guerra civil entre liberales y conservadores.

En países de tradición católica, entonces, el liberalismo ha sido frecuentemente asimilado con posiciones anticlericales. En este contexto, el renacimiento liberal en tales países, a efectos de convocar mayor atención pública y suscitar resistencias menores por parte del clero y los creyentes, habría visto con simpatía la introducción de un término que, como “neoliberalismo”, permitía a quienes lo usaban distinguirse claramente del profundo anticlericalismo de los liberales clásicos.

Así, en Alemania, los católicos que se agruparon en el Zentrum durante las entreguerras y posteriormente dieron origen a los partidos cristiano-demócratas, lo mismo que sus congéneres demócrata-cristianos italianos, pudieron haber visto en algún momento con simpatía la utilización del neologismo para marcar una distancia respecto a la rivalidad histórica del liberalismo con sus particulares creencias religiosas. Ello le permitió a la Iglesia Católica superar conflictos que, en tiempos de Pío IX, hicieron que se calificara al liberalismo como algo poco menos que diabólico.

e) *El “neoliberalismo” como estrategia de mercadeo político del liberalismo*

La noticia sobre el coloquio Lippman nos sugiere poderosamente que el término en cuestión también podría haber sido adoptado con estrictos propósitos de estrategia y táctica políticas.

Generalmente la preocupación de los liberales ha sido por el debate puramente académico, en el que consideraciones de este tipo son francamente impertinentes. Pero cuando se ha tratado de la acción política, los liberales se han visto en la necesidad de discutir la terminología a utilizar, para que resulte compatible con la consecución de determinados objetivos establecidos.

Luego resulta perfectamente lógico, habida cuenta de la información ofrecida por Baudin acerca de la importante reunión de liberales en 1938, considerar la posibilidad de que el término hubiese sido elaborado con la idea de reemplazar al viejo término “liberalismo” y ofrecer así una serie de ventajas en materia de comunicación social, sin tener que asumir el activo y el pasivo de la vieja doctrina.

(Salvando las distancias, recuerdo que una cosa semejante me ocurrió con Hernando de Soto hace ya más de quince años. Acabábamos de terminar *El otro sendero*, cuando me pidió que eliminara completamente del texto la palabra “liberal” —que, por supuesto, estaba por todas partes— y que la reemplazara por la palabra “popular”. Así, la economía liberal vino a convertirse en la “economía popular”, la sociedad liberal en la “sociedad popular”, la filosofía liberal en la “popular”. Su explicación fue que en esos momentos no era compatible con el buen mercadeo apelar al término, ya que podría generar innecesariamente resistencias. Aunque no estuve de acuerdo, recuerdo que de Soto, que presume de ser un gran vendedor, terminó imponiéndose.)

Sea de ello lo que fuere, la evidencia documental sugiere poderosamente la posibilidad de que algunos liberales de gran importancia hubieran pensado que el

“neoliberalismo” podría haber sido un término idóneo para el debate político de sus tiempos (o, en todo caso, más idóneo que otros términos utilizados por entonces).

Lo curioso de esta estrategia es que terminó convirtiéndose, con el pasar de los años, en una eficaz fórmula de mercado *contra* la ideas de la libertad.

La trampa retórica

Hemos visto los orígenes probables del término y los sentidos que se han dado al mismo a través del tiempo, dentro de lo que podríamos denominar el liberalismo contemporáneo.

Sin embargo, el uso más notable y perverso del término en nuestros tiempos no ocurre al interior del liberalismo, sino fuera de él. En los lugares donde se lo utiliza, son la prensa, los políticos y los rivales del liberalismo quienes han hecho uso de él preferentemente, pero en sentido generalmente distinto de los anteriormente mencionados.

En efecto, el “neoliberalismo” es utilizado para caracterizar cualquier propuesta, política o gobierno que, alejándose del socialismo más convencional, propenda al equilibrio presupuestal, combata la inflación, privatice empresas estatales, y en general reduzca la intervención estatal en la economía.

Así, por ejemplo, en América Latina se presenta como “neoliberales” a gobiernos tan disímiles como los de Carlos Salinas de Gortari en México, Carlos Andrés Pérez en Venezuela, Alberto Fujimori en el Perú, Fernando Henrique Cardoso en el Brasil o Carlos Saúl Me-

nem en la Argentina. Una cosa semejante ocurre en África, Asia y Europa del Este.

Independientemente del juicio que pueda merecernos cada política en particular y de la evaluación que merezca cada gobierno en cuestión, está muy claro que el liberalismo es algo mucho más complejo que la adopción de determinadas medidas gubernativas, máxime si son incompletas y contradictorias. Aisladamente, un gobierno socialista puede adoptar medidas liberales, y un gobierno liberal puede adoptar medidas socialistas. Ejemplos hay muchos en la historia, desde los laboristas neozelandeses hasta los conservadores británicos. Pero eso no hace a los socialistas liberales (ni viceversa), máxime si la caracterización en el ámbito político no tiene el rigor ni la seriedad del debate intelectual.

En Latinoamérica, si bien durante los años noventa se regresó a la austeridad fiscal de los cincuenta, esto no puede considerarse inherente y exclusivo del liberalismo económico. Si se privatizó, se hizo con monopolios legales soslayando por completo la importancia de la competencia en el desarrollo de los mercados. Si se permitió la inversión extranjera, se hizo de forma igual que en la China comunista, a quien ningún alucinado podría tildar de liberal o neoliberal. En general, aunque se daba la impresión de que se reducía la intervención estatal, en términos de gasto público, como fracción del producto interno, o se mantenía igual o incluso aumentaba. Es el caso del Perú, mi país, donde hoy el tamaño del Estado es mayor que cuando empezaron las mal llamadas reformas “neoliberales”. Paradójicamente, el viejo capitalismo mercantilista fue presentado como si fuera un inexistente “neoliberalismo” por los ene-

migos de la libertad.¹¹

¿Cómo se llegó a esta situación? ¿Tu-
vimos los liberales alguna responsabili-
dad en ella? ¿Fue resultado histórico del
azar o consecuencia de alguna táctica
deliberada? ¿Cómo ha sido posible que el
“neoliberalismo,” que fue entendido por
los liberales como un desarrollo de su
pensamiento o como una nueva escuela
del mismo, haya pasado a convertirse en
el habla cotidiana en un término para
asimilar a las ideas de la libertad algunos
de sus más impresentables enemigos?

Es verdad que la autocrítica ha faltado
entre los liberales, porque en algunos
casos han sido ellos mismos los que se
han involucrado innecesariamente con
experiencias lamentables. Llevados tal
vez por la soledad política, en algunas
oportunidades los liberales han respalda-
do al primer gobierno que creyeron coin-
cidía con sus puntos de vista, sin advertir
que la coincidencia era aparente y que
generalmente es mejor dejarse aconsejar
por el paso del tiempo que prestar aten-
ción a la primera aventura política que
nos toque la puerta.

A no dudarlo, el proceso ha sido com-
plejo y parte de una perversión del len-
guaje sobre la que es necesario reflexio-
nar. Muchas veces los liberales han des-
preciado los debates terminológicos para
atenerse prioritariamente a los hechos.
Esta actitud ciertamente les ha permitido
contribuciones notables al desarrollo de
la ciencia económica, pero también los ha
hecho víctimas de numerosas estratage-
mas.

Hayek advirtió, por ello, contra la
perversión del lenguaje y denunció la
existencia de lo que él llamaba palabras-
comadreja. Inspirado en un viejo mito
nórdico, que le atribuye a la comadreja la
capacidad de succionar el contenido de
un huevo sin quebrar su cáscara, Hayek
sostuvo que existían palabras capaces de
succionar a otras por completo su signifi-
cado.¹²

Hayek denunció, entre otras, la pala-
bra “social”. Así, explicó que esta palabra
agregada a otra la convertía en su contra-
ria. Por ejemplo, la “justicia social” no es
justicia, la “democracia social” no es de-
mocracia, el “constitucionalismo social”
no es constitucionalismo, el “Estado so-
cial de derecho” no es Estado de derecho,
etc. En el Perú se llegó, por ejemplo, en
tiempos del general Velasco Alvarado, a
plantear una singular innovación en la
ciencias jurídicas, mediante la creación
de la así llamada “propiedad social” (que
por supuesto no era propiedad alguna).

Mutatis mutandis, el “neoliberalismo”
parece pertenecer a ese género de las pa-
labras-comadreja, sólo que en una fun-
ción diferente. Mientras que la palabra
“social” le da sentido contrario a la que se
le agrega, la palabra “neoliberal” identi-
fica con esta doctrina a quienes no pertene-
cen a ella. Una invierte los sentidos, la
otra asimila a los distintos.

La contribución de Hayek sobre esta
cuestión merece un desarrollo ulterior
que, en mi opinión, no ha tenido. Cuando
denunció la existencia de una perversión
del lenguaje según la cual unas palabras
(las comadreas) eran capaces de alterar
el significado de otras, estaba en realidad
sugiriendo explorar un tema de capital

¹¹Alvaro Vargas Llosa, “Latin American
Liberalism: A Mirage?” *Independent Re-
view*, 6 (Winter 2002): 325-43.

¹²F. A. Hayek, *La fatal arrogancia* (Unión
Editorial, Madrid, 1990), p. 186.

importancia: la función de las palabras en el debate ideológico.

El estudio de las figuras del lenguaje o tropos ha sido generalmente dejado a la retórica. Si la filosofía se ha fijado en ellos, es sólo en los fatigosos catálogos de falacias con que los lógicos ilustran su quehacer. No obstante, al proponer el concepto de palabra-comadreja en realidad lo que hizo Hayek fue explorar la función de los tropos en el debate ideológico e invitarnos a dar un paso adelante y entender que las ideas no sólo deben explicarse o refutarse a partir de su logicidad, sino también por su función retórica.

Lo que sucede es que los liberales han confundido, a pesar de la sugerencia de Hayek, los planos del discurso. Una cosa es el discurso científico gobernado por la lógica, por el principio de no contradicción y por sus reglas propias. Otra completamente distinta, el discurso ideológico, donde las reglas son las de la retórica y donde, por ende, hay que atenerse a principios distintos. Pretender incursionar en el debate ideológico con instrumentos propios del discurso científico ha concedido ventajas incontables a nuestros enemigos, quienes se han servido con diligencia de los viejos principios retóricos, conocidos a la perfección en el pensamiento occidental desde los griegos, pero lamentablemente olvidados por los defensores de las ideas de la libertad.

La función retórica tiene como propósito la utilización de recursos lingüísticos dirigidos, precisamente, a alterar la comunicación, para que no se produzca como debiera producirse. Puede mejorar la expresión, agudizar la elocuencia, aclarar las ideas, pero puede también confundirlas, pervertir los conceptos y alterar el

sentido del debate.¹³ No obstante, su uso es perfectamente legítimo en el debate ideológico. Diría incluso que es consustancial a él.

No podemos, pues, quejarnos porque se utilicen figuras retóricas en el debate ideológico. Lo absurdo sería que no se utilizaran. Lo que tenemos que hacer es prestarles atención, estudiarlas y recurrir al vasto conocimiento acumulado que se tiene de esa metodología de comunicación. Entonces es posible pensar en el estudio de las palabras-comadreja —el “neoliberalismo” una de ellas— como una rama de la retórica en el debate ideológico y recurrir a sus métodos de estudio para tratar de esclarecer el proceso por el cual al término se le ha dado un sentido contrario al que aparentemente debería haber tenido.

El desprecio por el debate terminológico ha tenido en el pasado un alto costo, pues nuestros enemigos se dedicaron a pervertir nuestros términos sin mayor resistencia de nuestra parte. Pasó con la propia palabra “liberal”, que terminó teniendo en el mundo anglosajón un sentido opuesto al de su tradición histórica. Nos pasa ahora en Latinoamérica y en otros países subdesarrollados con el término “neoliberal”, por el que se busca asemejar a nuestras propuestas aventuras políticas desgraciadas, propuestas absurdas, corrupción extendida o la pura frivolidad.

La retórica puede servirnos para encontrar algunos elementos de juicio útiles para profundizar en este debate. En el caso de la palabra “social”, lo que parece haber sucedido es que se produce una antífrasis, figura del lenguaje o tropo que

¹³Grupo Mi, *Retórica General* (Paidós Comunicación, Buenos Aires, 1992).

invierte el sentido de la palabra a la que se agrega, sólo que en este caso la sustitución del sentido está desprovista de la ironía que comúnmente los textos de lingüística le atribuyen a la figura aludida.¹⁴

La asimilación con la antífrasis, empero, podría producirse completamente si aceptáramos que finalmente no puede haber más que sentido del humor en llamarle “justicia social” a lo que no es justicia, o “democracia social” a lo que no es democracia. Quienes suelen utilizar ordinariamente los términos parecen bastante solemnes cuando lo hacen y parecen desprovistos de todo sentido del humor, pero creo que sería perfectamente aceptable plantear que el uso de la palabra “social” puede ser, retóricamente, una tomadura de pelo a oyentes distraídos.

En el caso del “neoliberalismo”, yo me atrevería a sostener que hay una sinécdoque. Este es un tropo consistente en extender o restringir el significado de una palabra tomando la parte por el todo, o al todo por la parte, o la materia con que está hecha la cosa por la cosa misma.¹⁵ Son ejemplos clásicos en retórica hablar de “vela” en lugar de “barco” (parte por todo), “mortales” por “hombres” (todo por parte), o “acero” por “espada” (materia por cosa).

En el caso del “neoliberalismo”, lo que sucede es que se quiere asimilar con el liberalismo algunas políticas o ideas en particular que, aisladamente, podrían ser compatibles con él, pero también con cualquier otra cosa, sugiriendo una identidad inexistente. Se trataría entonces de lo que se denomina una sinécdoque parti-

cularizante: se quiere presentar partes del liberalismo como si fueran el todo.

Desde el punto de vista lógico, estas figuras retóricas son consideradas falacias. Pero sucede que en el debate político la verdad no resulta de un razonamiento lógico, en el sentido de una inferencia deductiva, sino de un procedimiento dialéctico, en el sentido socrático del término. La verdad política no es, pues, deductiva ni lógica, sino expositiva y retórica. Tiene la razón quien mejor la expone. Así Lausberg considera que todo tropo “es un cambio en la significación, pero un cambio *cum virtute*, por tanto no es ya un *vitium de improprietas*”.¹⁶

Este uso sinecdóquico del término “neoliberalismo” es el que se encuentra implícito en el lenguaje corriente y que produce la perversión en el lenguaje que se me ha encargado analizar. A través de él nos han arrebatado el concepto inspirado en algún extremo por Mises, desarrollado colectivamente por un paradójico conciliábulo de individualistas, adornado por los severos creadores de la economía social de mercado, y difundido —consciente o inconscientemente— sabe Dios por cuántos de nosotros.

Propongo pues, inspirado en la retórica clásica, una nueva disciplina: la “comadrejología”, consistente en estudiar cómo las figuras del lenguaje o tropos son utilizadas en el debate ideológico para alterar el significado de las palabras con propósitos deliberados.

¹⁴*ibid.*, p. 223.

¹⁵Heinrich Lausberg, *Manual de Retórica Literaria* (Gredos, Madrid, 1991), pp. 76-80.

¹⁶*ibid.*, p. 58.

Conclusión

El sentido predominante que se le atribuye al término “neoliberalismo” es consecuencia de que los enemigos de la libertad han utilizado esa palabra como una sinécdoque, lo mismo que anteriormente hicieron otros con la palabra “social”, a la que convirtieron en una antífrasis, y otros, antes aún, con la palabra “liberal”, a la que le pasó lo mismo.

De esta manera, a través de la retórica y sus mecanismos, los liberales perdemos en el debate político lo que ganamos en el campo de las contribuciones científicas. Probablemente haya muy pocas doctrinas que, como el liberalismo, hayan perdido tantos términos a manos de sus enemigos en el debate político.

Por ello debemos empezar a estudiar este campo, a fin de librar también ahí una batalla más entre las muchas que la vigilancia permanente de la libertad nos exige. En la precursora tipología de las palabras-comadreja, Hayek estaba en realidad invitándonos a ir más allá y explorar este terreno ignorado y, tal vez, menospreciado. Muchas veces creemos que para triunfar en la lucha por la libertad basta con la abrumadora evidencia de los hechos. No obstante, ellos son insuficientes para causar la convicción necesaria en el debate ideológico. Como decía von Mises: “... facts *per se* can neither prove nor refute anything. Everything is decided by the interpretation and explanation of the facts, by the ideas and theories”.¹⁷

Despojar al liberalismo de una cierta arrogancia intelectual resulta así imprescindible. Con ejemplos como lo sucedido con el término “neoliberalismo” debería

bastarnos para entenderlo, porque, aunque “words are signals for ideas, not ideas”, como decía Spencer,¹⁸ perder nuestros términos por una mayor habilidad de nuestros oponentes se presenta como un error muy lamentable, que amenaza periódicamente nuestra identidad. Ser liberal no significa lo mismo en todos los países. Algunos de nuestros conceptos más preciados, como justicia, Estado de derecho o propiedad han sido tergiversados por adjetivos semánticamente predatorios, y ahora —el colmo de la paradoja— quieren nuestros enemigos asociarnos con ideas, políticas o gobiernos que nos resultan ajenos. Todo ello es de por sí un precio muy alto por no haber advertido la importancia de este debate y el daño que pueden causar las palabras cuando son retóricamente manejadas. “*Figura est vitium cum ratione factum.*”¹⁹

¹⁸Herbert Spencer, *The Man Versus the State* (Watts, London, 1950).

¹⁹Guarino Veronese (1374-1460), *Regulae*, citado por W. Keith Percival, “La Gramática y la Retórica en el Renacimiento,” en James J. Murphy, ed., *La elocuencia en el Renacimiento* (Visor Libros, Madrid, 1999), p. 374.

¹⁷Mises, *Socialism*, p. 459.